



PAPÁ RICARDO

POR THOMAS MEIGHAN
Y LEATRICE JOY

N.º 43

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

*Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona*

Año I

Núm. 43

PAPÁ RICARDO

*Deliciosa novelita,
interpretación de*

*THOMAS MEIGHAN
y LEATRICE JOY*

Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de

■■■■■■■■ SELECCINE S. A. ■■■■■■■■

Papá Ricardo

Argumento de la película

"Un hombre podrá ser todo lo
"rico que se quiera, podrá tener to-
"das las comodidades que el dine-
"ro proporciona; pero, mientras no
"tenga más que eso, no gozará del
"placer más grande de la vida."

Ricardo Chester, joven millonario, se halla-
ba en vísperas de casarse. Aquella mañana,
mientras tomaba su desayuno, sonreía ante
una noticia que publicaban los periódicos:

*Para el cinco de este mes se ha fijado la bo-
da de la señorita Ethel Mc Vae con Ricardo
Chester.*

¡Su adorable Ethel! ¡Dentro de breves días
sería suya! Almorzó con apetito, radiante de
alegría y juventud, y marchó luego a su ofi-
cina de la Sonoma Mining Co., donde desem-
peñaba el cargo de Presidente.

Porque Ricardo, solo, independiente, ha-
biéndole legado sus padres una gran fortuna,
no pertenecía a esa clase de hombres que viven
únicamente de sus rentas, sino que, activo y la-
borioso, era un obrero más en la inmensa col-
mena del trabajo.

Amaba a Ethel en cuya casa los regalos de
boda comenzaban a llegar con generosa prodi-
galidad...

Habían sido necesarias varias generaciones
de mujeres ociosas y hombres trabajadores pa-
ra producir esa delicada flor de la moderna
civilización: Ethel, la novia de Ricardo, ele-
gante mujer, también riquísima, que vivía en
compañía de su madre.

Eran los principales colaboradores de Ri-
cardo, en su oficina, Carlos Henley, su secre-
tario particular, antiguo amigo suyo, y Sally
Lockwood, su mecanógrafa, una linda joven
que ponía en la severidad del despacho la nota
alegre de su belleza.

Cuando llegó Ricardo, Henley le entregó
una carta procedente de las Minas de Sonoma,
que decía así:

*Mi estimado señor Chester: La situación se
agrava por momentos. Esperamos, sin embar-
go, que pronto lograremos convencer a estos
bandidos de que pierden el tiempo. Pero creo
que sería conveniente que se diera usted una
vuelta por aquí. Su afmo. José Pelton, Admi-
nistrador.*

Ricardo hizo un gesto de contrariedad, y mi-
rando a su secretario, le dijo:

—No tengo más remedio que ir, Carlitos.

—¿Te olvidas de que vas a casarte este
mes?

—No. Pero esta carta es más seria de lo que
parece... Conozco bien a Pelton. Hemos anda-
do mucho tiempo juntos por los montes de-

nunciando minas. Cuando me llama es porque me necesita.

—Me parece que es una imprudencia marchar ahora.

—Te llevaré conmigo para que no estés pre-



Sally Lockwood, una linda joven...

(Leatrice Joy.)

ocupado.

Unía a los dos hombres una verdadera amistad y eran como dos compañeros en el despa-

cho. Ricardo esparcía por doquier su atrayente y noble sonrisa.

En aquel momento, llamó Ethel por teléfono.

—Te esperamos esta noche para ultimar los detalles de la boda—explicó.

—No faltaré, Ethel.

Cuando Ricardo colgó el auricular, Carlos le dijo:

—Tu novia no consentirá que te vayas.

Por la noche, Ricardo fué al hogar de Ethel. Carlos tenía razón... Tantas dificultades había para él en Nueva York como en las minas.

La encantadora joven no toleraba el aplazamiento de la boda:

—Cuando todo está preparado... Esto es absurdo... ¡Irte ahora a perseguir bandidos!...

—¿Pero, no comprendes, Ethel, que el caso es grave y que de mi decisión puede depender la vida de muchos hombres?

—No. Yo creo que en estos momentos debía ser yo la única que te preocupara...

Ricardo paseaba nerviosamente... Sí, él amaba a su novia con toda el alma, pero... ¿y el deber?... Y dirigiéndose a la madre de Ethel, que había permanecido hasta entonces silenciosa, la suplicó:

—Ethel no comprende... pero el caso es que si esos foragidos se apoderan de las minas, mi responsabilidad sería inmensa y podría costarme hasta la ruina.

La señora Mc Vae, no cegada como su hija por la llamita del amor, dijo:

—Ethel... después de todo... me parece que Ricardo es el que mejor sabe lo que debe hacer en este caso.

—Vamos, querida, sé razonable... Volveré pronto y entonces nos casaremos... ¿Te conformas, chiquilla?

—¡Qué remedio!—contestó la joven con un gracioso mohín—. Pero prométeme que no te arriesgarás demasiado... Ya sabes cuánto te queremos...

Aquella misma noche, Sally, la mecanógrafa particular de Ricardo, comentó con su madre la próxima partida de su jefe.

—Madre, el señor Chester va a ir a las minas... Y se va a exponer a muchos peligros...

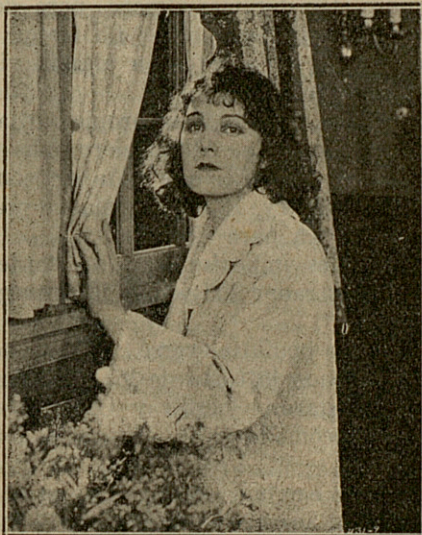
Sentía hacia el millonario cierta simpatía, nacida del trato cordial y amable que Ricardo le daba.

El viaje a las minas no dejaba de tener su atractivo especial... Después de largas horas de tren, se viajaba en automóvil por entre tierras desoladas. Ricardo sonreía viendo la cara compungida de su secretario, hombre enamorado de la ciudad que odiaba esta antipática excursión...

El coche les dejó en mitad del campo, inmensa extensión pelada y árida, sin la menor vegetación. Allí montaron en dos caballerías, y de esta manera, bajo el sol de la tarde, marcharon hacia la propiedad...

Aquella zona minera, inmensamente rica, era una tentación constante para los foragidos que infestaban la región... Juan Pelton, el

administrador de las minas, aguardaba con impaciencia la próxima llegada de Ricardo. Había sido para este joven un verdadero padre durante los días en que ambos recorrían juntos la sierra...



—Madre, el señor Chester va a ir a las minas...

La situación era penosa, numeroso grupo de bandidos infestaban los contornos, dispuestos a caer como un alud sobre la región minera...

Aquella misma tarde, los mineros habían lo-

grado apresar a dos hombres de mala catadura cuando intentaban un golpe para apoderarse de los jornales.

—No podemos hacer nada hasta que llegue el señor Chester—había dicho el administrador a sus capataces—. Si él quiere que les demos dinero, les daremos dinero, pero de ese modo no acabaremos nunca... Lo mejor sería negarse a todo, y si intentan alguna violencia, hacerles frente...

Pelton había pasado en la propiedad la mayor parte de su vida. Allí nacieron sus cinco hijos, tiernas criaturas que lloraban como él la muerte de Mary, la buena madre que reposaba allí cerca para siempre.

Los bandidos importunaban constantemente al administrador exigiendo la entrega de cantidades.

No. Esto no podía tolerarse... ¿O es que allí se había acabado la casta de los hombres?

Cuando llegaron Chester y Carlos, fatigados por el incómodo viaje, era ya la hora de la cena...

Después de cambiar algunas impresiones, el administrador les invitó a su mesa, y los dos convidados tuvieron que sufrir las travesuras, los gritos, las risas de los cinco hijos de Pelton que, a juzgar por aquella cena, eran verdaderos diablillos. A Ricardo le hacía gracia aquella animación que contrastaba con el silencio de su hogar solitario, pero Carlos, interiormente, lamentaba que la raza de Herodes no se hubiera perpetuado a través de los siglos...

¡Cuidado que eran malas aquellas criaturas!

A la mañana siguiente, Ricardo inspeccionó el lugar para estudiar la posibilidad de una resistencia armada en caso de ataque.

Las avanzadas de los que se proponían caer sobre la mina, estaban más cerca de lo que los obreros se imaginaban.

Cerca de mediodía, los foragidos, sin que nadie pudiera darse cuenta, comenzaron un violento ataque contra la propiedad.

Se aprestaron los mineros a defenderse y hacer pagar caras sus vidas. Ricardo, conservando su espíritu sereno y fuerte, daba órdenes para que la resistencia fuera eficaz.

—Sobre todo mucho cuidado con los niños —dijo—. Que no les suceda nada...

Carlos cuidó de que los chiquillos de Pelton permanecieran quietos en una de las casas.

Comenzó el tiroteo; silbaban las balas sembrando la muerte por doquiera... Se estrellaba la agresión ante la fuerza heroica de los mineros que defendían su pan.

Desde la casa del administrador, Ricardo, rifle en mano, contribuía a la defensa... También Pelton luchaba valientemente contra aquella turba de criminales...

En un momento de descuido, uno de los niños de Pelton logró burlar la vigilancia del secretario y salió a la calle que los disparos cruzaban en todas direcciones.

Ricardo se dió cuenta del peligro que corría la criatura y, llevado de su natural animoso

y noble, desafiando la muerte salió de la casa a buscar al pequeño.

Cuando lo tuvo en sus brazos, sintió que las balas silbaban a su alrededor como si dibujasen su persona... Iban a matarle... Una idea vino en su ayuda... Se haría el muerto para que no siguieran disparando contra él... Y se dejó caer pesadamente con el chiquillo que lloraba asustado.

Pelton, que no se había dado cuenta de lo ocurrido, al notar la desaparición de Ricardo se asomó al exterior, viéndole desplomado en la calle.

¡Oh maldición!... ¡Su mejor amigo, el hombre afable que le trataba como a un igual, acaso estuviese muerto!

No dudó un instante. Bajo una lluvia de balas corrió en socorro de Ricardo. Pero un disparo vino a dar en tierra con él. Esta vez, el arma enemiga que no pudo tocar a Chester, atravesaba el cuerpo del administrador, hiriéndole mortalmente. Cayó junto a Ricardo sacrificando su vida por la de su amigo...

Poco después el millonario y algunos obreros acudieron a levantarlo. ¡Estaba medio muerto!

La derrota de los bandidos fué decisiva y total. Tuvieron que batirse en retirada, no sin dejar sobre el campo a la mayor parte de los suyos.

Al oscurecer se dieron todos cuenta de lo cara que les había costado la victoria... Pelton agonizaba... Los niños le miraban con grandes

ojos de asombro, viéndole sufrir... Ricardo permanecía a su cabecera. ¡Aquel pobre hombre había dado la vida para salvar la suya!

—¡Ricardo!—suspiró el administrador.—¿Qué va a ser de los niños?

Nuestro joven contempló en silencio las cinco criaturas, que quedarían sin el menor amparo...

—Esta idea es la que más me atormenta en estos momentos—continuó el herido.

Con un gesto noble, contestó Ricardo:

—No te preocupes por los niños, Pelton... Desde este momento, tus chiquillos serán mis hijos...

—Gracias... amigo...

Al amanecer murió... Cuando el desventurado descansó en paz al lado de su esposa, Ricardo se dispuso a llevarse a los cinco huérfanos a su casa de Nueva York.

Destruído por completo el poder de los foragidos, Ricardo pudo emprender tranquilamente su viaje de regreso.

—Me llevaré a los chiquillos conmigo—explicó a su secretario—. Mientras tanto, vete a buscar a la niñera y no olvides que a las diez en punto hay que echar a andar...

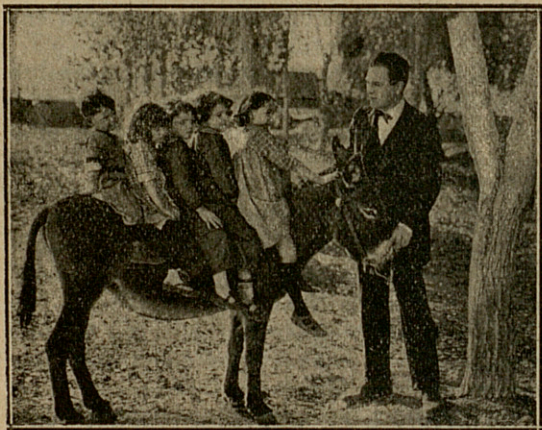
—¿Pero estás en tu juicio?—respondió Carlos sin salir de su asombro—. Sabes lo que significa para ti, un hombre soltero, quedarte con cinco niños, el mayor de los cuales cuenta ocho años?

—Haz lo que te digo, Carlos...

—Ya te arrepentirás más de una vez. ¡Y con lo malos que son!...

Ricardo, desoyendo el consejo de Carlos, procuraba divertir a las criaturas, como buen padre.

Carlos, malhumorado de que así terminara aquella aventura, fué a casa de la niñera. Pero



...procuraba divertir a los niños...

ésta, mujer entrada en años y coqueta como una mocita, le hizo esperar largo rato mientras se pintaba y acicalaba el rostro.

—¡Que vamos a llegar tarde!—rugía Henry.

—Ahora estoy... Un momentito, y en seguida...

Y efectivamente, cuando una hora después llegaban al sitio convenido, el automóvil había marchado.

—La hemos hecho buena—gritó Carlos con la mayor indignación—. ¡Y usted tiene la culpa... usted... vieja presumida!... ¿Cómo se las arreglará Ricardo con los cinco críos?... ¡Maldita sea mi estampa!...

Sí, Ricardo estuvo aguardando con la mayor impaciencia a que viniesen Carlos y la niñera, pero ante el inexplicable retraso, y pronto a salir el automóvil, no tuvo más remedio que acomodarse en él con los cinco huérfanos.

Los cinco diablos, porque eran verdaderos diablos, no estuvieron un momento quietos. Se levantaban, encaramándose en los asientos con riesgo de caer por la ventanilla, molestaban a los otros viajeros, se entretenían en pisarles las botas... ¡Un horror!

Cuando llegaron al empalme, Ricardo se había dado ya cuenta de que no era una niñera lo que necesitaba, sino un *gendarme*.

—Bueno, un poco de orden, chiquillos... Ahora vamos a subir al tren... Tenéis que obedecerme...

—Sí, papá Ricardo... ¡ya lo hacemos!...

Chester, temiendo que aquellas criaturas cometiesen alguna barbaridad, preguntó a un empleado:

—¿No tiene usted un reservado?

—No, señor.

Subieron a un coche de primera que iba

atestado de viajeros, gente seria y formal que dormitaba o leía plácidamente... La llegada del batallón infantil causó verdadero pánico a los presentes.

Ricardo sudaba tinta:

—Quietecitos ahí, no molestad a nadie...

Pero... lo mismo que en el automóvil. Los viajeros que tuvieron la desdicha de escoger aquel vagón, no lo olvidarían en su vida... Aquellos chiquillos eran capaces de armar una revolución.

Siguieron su plan de criaturas terribles, despertando a los que dormían, importunando a los que estaban dedicados a la lectura, arrebatándoles los periódicos para hacer con ellos graciosos sombreritos.

Cuando se sirvió la primera serie en el coche restaurant, el vagón quedó casi vacío:

—Os llevaré a comer después que termine la segunda serie para que estemos solos—, explicó a los chiquillos.

—Papá Ricardo, tenemos hambre...

—En seguida comeremos, no os impacientéis...

Una señora que había quedado en el coche, llamó a los niños sonriente... Aprovechando esta oportunidad, Ricardo les dijo:

—Estaos aquí con esta señora mientras voy un momento al departamento de fumadores.

Saboreó en aquel delicioso reservado un cigarro puro. ¡Caramba! ¡Pues sí que era pesado el oficio de padre! ¿Qué haría él con aquellas criaturas?

Cuando volvió a su departamento, quedó horrorizado. Los chicos en su ausencia habían abierto las maletas y paquetes de los viajeros, adornándose con los vestidos y sombreros guardados en su interior.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Pero esto es un infierno!...

Fué terrible la sorpresa de los pasajeros cuando al regreso del coche restaurant se encontraron con todo su equipaje revuelto. Ricardo hubiera deseado ser invisible... ¡Las cosas que tuvo que oír y las excusas y satisfacciones que prodigó!... ¡Nunca en su vida había pedido tantas veces perdón!

—Si no llegamos pronto, yo no sé qué va a ocurrir aquí...

Con la sabiduría de un verdadero padre de familia, Ricardo se llevó a los cinco huérfanos al coche comedor, cuando no quedaba ya en él ningún viajero.

Transecurrieron las horas, jamás tan lentas como entonces, matizadas de incidentes que los chiquillos, con un afán desesperante, se complacían en reproducir.

Cuando llegó la noche, Ricardo, recordando que el mejor amigo de la infancia es un buen cuento a la hora de dormir, explicó a los niños ciertas historias fantásticas que cuando él era niño había escuchado de labios de su madre.

Por fin los chicos se durmieron... Les rindió el cuento y la agitación. Eran malos ¡demasiado!... pero qué bonitos eran... Les contempla-

ba ahora con ternura, viéndole apacibles y quietos... Sí, tenía el deber, el sagrado deber de protegerles... Debía adoptarlos... ¡Bah! Poco a poco, a medida que fueran conociéndole, su carácter se dulcificaría... Era cuestión de tiempo...

Al cabo de cuarenta y ocho horas, al llegar a Nueva York, Ricardo se asombraba de que hubiese padres que pudieran llegar a los cuarenta años.

El mayordomo, al ver entrar al señorito con aquellas cinco criaturas, quedó estupefacto. Y explicó a uno de los sirvientes:

—Supongo que el señor Chester no habrá pensado que haga yo de niñera...

La casa antes tan silenciosa y fría se llenaba ahora de risas alborozadas, de gritos estridentes, de carreras que ponían en peligro la integridad del mobiliario.

Ricardo telefoneó a poco de llegar a su novia:

—Ethel, ¿Quieres venir con tu mamá a cenar conmigo esta noche? Te tengo preparada una gran sorpresa...

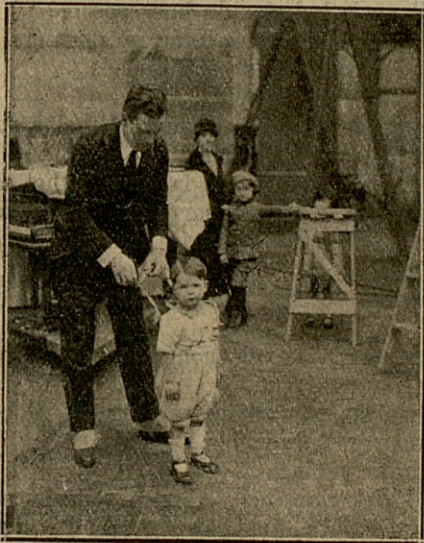
—¿Una sorpresa, Ricardo?

—Sí. Y de las grandes...

Carlos llegó a Nueva York por la misma vía pero en otro tren. Había dejado a la niñera en las minas. ¡Mala adquisición hubieran hecho!... Después de excusarse por el retraso:

—¿No se perdió ningún chiquillo por el camino?—le preguntó.

—No sabes lo que te perdiste tú por no venir con nosotros; pero te aseguro que el tren llegó a Nueva York por un verdadero milagro...



La casa, antes tan silenciosa y fría, se llenaba ahora de risas alborozadas.

gro...

Se acercaron los chiquillos, que comenzaban a querer a "Papá Ricardo". Chester les acarició.

—Parece que te gusta el oficio de padre—dijo Carlos.

—Ya lo creo... Tiene sus contras... pero... el hombre que no ha besado a un niño en su cuna antes de dormirse, desconoce el mayor placer de la vida...

—El viaje habrá sido horroroso...

—Sí... Los chiquillos están un poco mal criados... pero en el fondo son buenos.

—Admiro tu vocación...

—Quédate a cenar conmigo. Ethel y su madre van a venir también...

Por la noche, durante la cena, Ethel estuvo pensando si la "gran sorpresa" que Ricardo le había prometido, estaría montada en oro o platino...

El joven sonreía ante la curiosidad de su novia.

—Se acerca ya el momento, Ethel; vas a maravillarte...

—Ricardo, me tienes en brasas. Debe ser una sorpresa admirable...

—Ahora verás...

Salió del comedor... Carlos sonreía por lo bajo... ¡La cara que iban a poner las dos elegantes señoras!

Ricardo volvió un momento después con uno de los niños.

—¡Una sorpresa!—dijo alegremente.

El chiquillo, advertido ya por Chester, saludó con una profunda reverencia a Edith.

Esta y su madre abrían unos ojos enormes...

—Pero...

—Espera... otra sorpresa.

Y volvió con otros dos niños que hicieron también corteses inclinaciones.

—Ricardo, ¿qué significa esto?—preguntó Ethel, alarmada.

—Nada, mujer. Pero no he acabado aún. Verás...

Salió de nuevo, entrando a los pocos momentos con otro chiquillo.

—¡Y van cuatro!...

El nene, después de saludar, se acomodó al lado de sus hermanitos.

—Este hombre se ha vuelto loco—repuso la madre de Ethel creyendo que su futuro yerno había perdido la razón.

Chester, complacido por aquella sensación que causaba la "gran sorpresa", volvió a salir regresando con otro chiquillo.

—Aquí están todos... ¡Ya no queda ningún otro!...

Ethel y su madre se miraban sin saber qué partido tomar. Carlos reía...

—Todos son *nuestros*, Ethel.

—¿Los has adoptado?—contestó ésta, desdeñosa.

A una señal de Ricardo los cinco niños abandonaron el comedor.

—Sí, Ethel—explicó Chester—. Son los hijos de mi administrador Pelton que murió por salvar mi vida... Yo les amparo... ¿No es verdad, Ethel, que los adoptaremos?

—Pero, ¿te has creído que yo soy una niñera o una institutriz?

Ethel estaba furiosa. ¿Cómo iba a casarse ella con un hombre que tenía cinco hijos adoptivos?

—Verás qué pronto les vas a querer como si efectivamente fueran tuyos...

—No, no...

Uno de los niños entró precipitadamente en el comedor:

—¡Papá Ricardo, sube pronto, que Donald se va a matar!...

¡Válgame Dios! Ricardo corrió al piso de arriba. Los chiquillos habían hecho una especie de torre con todas las mesas y sillas del salón y ahora el "castillo" se tambaleaba hasta que vino abajo con estrépito...

—¡Sois de la piel de Barrabás!—exclamó Ricardo.

El ruido de los muebles al caer alarmó a Ethel y a su madre que subieron a ver lo que ocurría, acompañadas de Henley.

—Los pobrecitos necesitan una madre—dijo Ricardo como si excusara sus travesuras.

—Para eso están los asilos de huérfanos—contestó la novia.

—Pero, mujer...

—¿Por qué no los mandas internos a un colegio?

—Sí, Ricardo — intervino la madre de Ethel—. Comprenda que mi hija no puede aceptar esta responsabilidad... Debe usted tomar una determinación con estos cinco niños...

—Lo pensaré...

* * *

Al día siguiente Ricardo estaba dispuesto a entrar en arreglos con Ethel. Ante la negativa rotunda de su novia, ¿qué iba a hacer de los chiquillos?

Desde la oficina telefoneó a Ethel:

—Me he decidido a mandar a los cuatro mayores a un colegio.

Ethel sonreía... ¡Triunfaba!

—¡Ah! Muy bien... pero, ¿y el otro?...

—Estoy seguro de que no te negarás a quedarte con el pequeñito.

—¿Yo? De ninguna manera. ¡Un hijo que no es mío! ¡No!

Y colgó furiosa el aparato. ¡Diablo! Aquellos niños venían a estorbar su felicidad. Y acariciando a su perrito, le dijo con mimos de chiquilla frívola:

—¿Verdad, monín, que nosotros no queremos niños pequeños en la casa?

Sally, la mecanógrafa de Ricardo, se había enterado de la "nueva adquisición" del millonario. Chester, indeciso ante la actitud de su novia, dijo a su dependienta:

—Voy a mandar a los mayores a un colegio... pero el pequeño me da mucha pena...

—¡Oh, señor Chester, déjeme a mí el pequeño!... ¿Verdad que me lo dejará, señor Chester?

—¿Usted? ¿Usted quiere al niño?

—Sí, sería mi mayor alegría... ¡Me gustan tanto las criaturas!

—Sally... ya que es usted tan buena... le dejaré al chiquillo.

Y sintió por su mecanógrafa una gran simpatía.

Al día siguiente, el hogar de Chester volvió a quedar solitario. Los cuatro niños mayores fueron llevados a un colegio y el pequeñito a



—*Me he decidido a mandar a los cuatro mayores a un colegio.*

casa de Sally.

Ricardo sintió que algo cambiaba en su corazón... Sí, los niños son terribles, especialmente los de Pelton, pero alegran el mundo, son como el perfume de la existencia, la flor y la sal de la vida...

Iba a casarse pronto, pero se sentía triste... ¡Oh! la conducta de Ethel negándose a adoptar a una sola de aquellas criaturas, le producía indefinible malestar. Estableció un parangón con Sally que se había ofrecido tan generosamente...

Añoraba a los chiquillos y deseó visitarlos. Cuando fué al colegio le dijeron:

—Hoy no es día de visita, señor... Y hay que obtener permiso en el despacho para ver a los pensionistas...

¡Ay! Parecía no tener derecho sobre ellos... Disgustado, marchó a casa de Sally, donde ésta y su madre prodigaban todas sus ternuras al pequeñín. Aquello sí que era un verdadero hogar, sin necesidad de permisos y contraseñas para entrar en él.

—Sally, voy a casarme dentro de una semana, y tendré que estar tres meses sin ver a los niños... ¿Me permite usted que me lleve al chiquitín a mi casa por esta noche?

—Sí, papá Ricardo—suplicaba la criatura.

—Lléveselo... Pero no se olvide de traerlo... Recuerde usted que ahora es mío...

—Nuestro, querrá usted decir...—Y la miró dulcemente.

Con la preciosa carga en brazos, Ricardo regresó a su hogar.

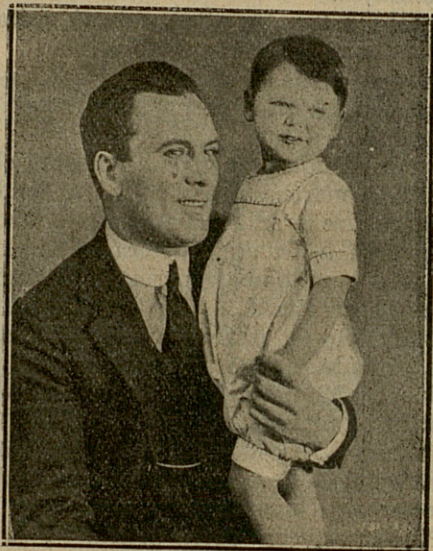
—¡Verás cuántas cosas te he preparado! Dulces, galletas, bombones... verás...

El niño, incapaz de poner freno a su paladar goloso, a las pocas horas comenzó a sentirse enfermo...

Carlos, que acababa de entrar, al ver al chiquillo sufriendo las molestias de una indisposición, le dijo a Ricardo:

—¡Buena mamá estás hecho tú!

—Llamaré al doctor Carter inmediatamente.



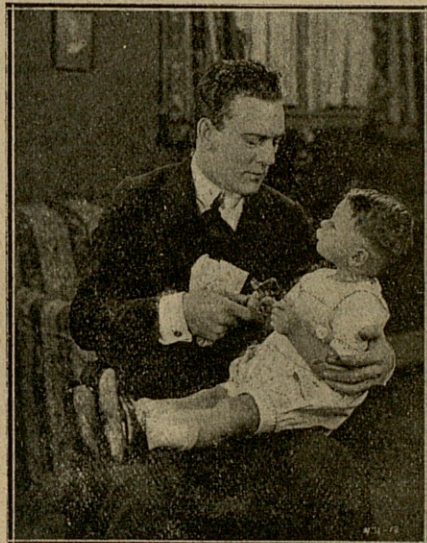
—¿Me permite usted que me lleve el chiquitín a mi casa por esta noche?

—Lo que aquí necesitamos—le atajó Carlos—es una persona que tenga un poco de sentido común. Voy a mandar llamar a Sally.

El niño abrió los ojos y dijo a Ricardo tendiéndole sus manecitas:

—Papá Ricardo, quiero que vengan mis hermanitos...

—Todo lo que tú quieras, precioso... Papá



Con la preciosa carga en brazos Ricardo regresó a su hogar.

Ricardo te los va a traer ahora mismo.

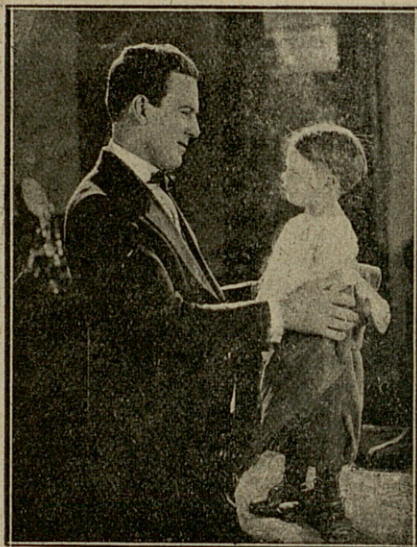
Sí, estaba dispuesto a vivir exclusivamente por sus hijos adoptivos... Llamó por teléfono a su novia:

—Temo que no pueda ir hoy, querida... El nene se ha puesto muy malito...

—¡Ah! perfectamente... adiós...

Ethel sintióse desdenada.

—La conducta de tu novio—dijo la señora



—¡Verás cuántas cosas te he preparadò!...

de Mc Vae—empieza a ser sospechosa... Me parece que aquí hay gato encerrado... y yo me he propuesto descubrirlo...

Ricardo fué a buscar a los cuatro hermanitos al colegio. A los diez minutos de oírse en

la casa voces infantiles, ya ésta parecía otra.

Sally había llegado también y cuidaba a su "hijo" como una verdadera madre.

Ricardo y Carlos contemplaban con verdadera emoción la ternura de aquella joven para el niño.

—Sally—le dijo Chester—, si el padre de este niño estuviese aquí, ¡cómo le agradecería a usted lo que está haciendo por el pobrecillo!

Y observaba que comenzaba a sentir algo por esta linda mujer. Veía a una Ethel, egoísta, incapaz del más leve sacrificio, criatura que sólo vivía por el lujo y la frivolidad, y miraba a Sally, humilde y sonriente junto al niño, generosa y maternal.

Ethel y su madre acababan de llegar en automóvil a casa de Ricardo.

—Hay que descifrar lo que ocurre—dijo la futura suegra.

Entraron en el *hall*. Lo primero que les llamó la atención fué un sombrero de mujer que se hallaba sobre una silla. Pasó uno de los niños, al que interrogaron:

—Oye, ¿tú sabes de quién es este sombrero?

—Es de Sally—contestó al criatura con ingenuidad—. Está arriba con papá Ricardo...

Sulfuradas por esta contestación, subieron al primer piso.

Cuando Carlos las vió entrar, creyó que iba a ocurrir algo "gordo". Ricardo y Sally, muy juntos, estaban cerca del niño, y sus miradas tenían un rayo de amor...

Ethel pronunció con gesto altivo:

—Por lo visto, Ricardo, tú no necesitas una esposa, una verdadera esposa...

Chester levantóse rápidamente. ¡Su novia allí! ¿Qué sospechaba?



Ricardo y Sally, muy juntos, estaban cerca del niño...

—Ethel...

—Sí... necesitas una mujer que sea taquígrafa, niñera... y qué sé yo cuántas cosas más. Una mujer así es la que te conviene...

—¿Por qué dices esto?

—Te devuelvo tu anillo. Nuestro compromiso matrimonial queda roto. Vámonos, mamá.

Cuando las dos mujeres se alejaron, Ricardo quedó sumido en hondas confusiones. Sally, que había presenciado en silencio la escena, dijo:

—Si le explica usted las cosas a la señorita Mc Vae, estoy segura de que se convencerá.

—Es una mujer original...

—Señor Chester... El niño ya está bien... Ahora puedo marcharme...

—Gracias, Sally... ¿cómo premiar a usted todo lo que ha hecho?

—Voy a acompañar a Sally a su casa—dijo Carlos.

Y Ricardo la vió marchar, sintiendo por ella un inmenso amor.

Ricardo no se preocupó de dar ninguna explicación a la señorita Mc Vae. Comenzaba a ver claro en su alma, y, unos días más tarde, le explicaba a Carlos, su buen amigo:

—Es curioso, Carlitos, cómo se puede engañar un hombre a sí mismo creyendo que está enamorado de una mujer...

Henley le miró comprendiendo lo que iba a decirle...

—Y luego resulta que de quien ha estado enamorado siempre es de otra mujer...

—Si no te hubieses dado cuenta de ello tú

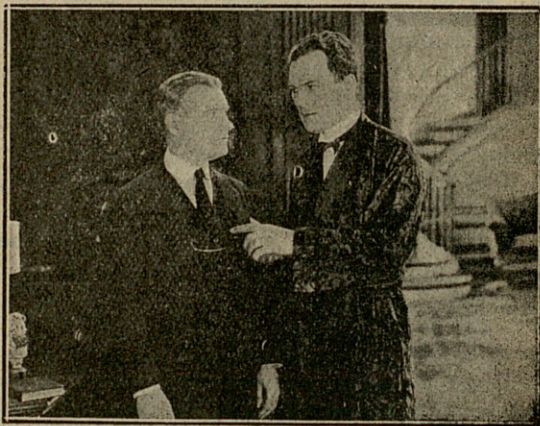
mismo, pensaba decírtelo yo...—respondió Carlos.

—¿Tú sabías?...

—Lo adivinaba... Tú amas a Sally...

Y pocos días después, Ricardo fué a casa de su mecanógrafa. Se presentó sonriente.

—Sally, vea usted qué carta le dirigen los



—Es curioso, Carlitos, cómo se puede engañar un hombre a sí mismo...

chiquillos...

—¿Una carta? ¿Para mí?

—Sí. Léa...

Y Sally leyó:

Nuestra querida Sally: Nosotros, los abajo

firmantes, le rogamos se digne pasar el resto de su vida con nosotros.

Sisey

Buddy

Donald

David

Baby (Esta † es su firma)

Aprobado:

Ricardo Chester.

La muchacha enrojeció...

—No lo haga sólo por los niños, Sally... Yo también soy un poco niño, y necesito cuidados maternos...

—Pero, Ricardo...

—¿Me quieres, Sally?... ¿Quieres ser mi esposa?

Y ella musitó inclinando la cabeza:

—Sí...

Dios es pródigo con quien lo merece... Un año después, dos niños, hijos de Ricardo y Sally, alegraban aquel hogar que era como un colegio... ¡tanta alegría... tantas risas se oían en él!...

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura gubernativa

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
NORMA TALMADGE

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

PRÓXIMO NÚMERO:

La novela de extraordinario asunto,
que se pone de relieve el amor
de la esposa abnegada que siem-
pre sabe esperar y los peli-
gros de los hombres en aven-
turas sentimentales pa-
sajeras.

Firme como el acero

Genial interpretacion de AILEEN
PRINGLEY, NORMAN KERRY,
y un cuadro de artistas intere-
santísimos.

Postal-obsequio:

Sessue Hayakawa

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los viernes. Precio: 30 cts.

AYER Y HOY magazine-revista :: Contiene LA
PARED (cuento), por VICENTE BLASCO IBAÑEZ ::
Una interviú con el Maestro MILLET en el Orfeo Ca-
talá. :: Amenidades, cuentos, novela de aventuras, no-
vela cinematográfica, etc. :: 76 páginas, 40 céntimos.

